

PILAR OVALLE, ESCULTORA

por Francisco Aravena

Desde el 16 de abril, y por un mes, esta joven escultora estará exponiendo sus trabajos en la Galería de Arte Isabel Aninat. La madera es el material con el que esta artista ha forjado figuras y gestos humanos. "Me interesa hacer figuras que estén presentes, no estatuas", comenta respecto del trabajo que compone esta muestra, el que define como "una mezcla entre figuración y abstracción".



Madera de artista

so, así lo podría resumir. Es intenso y obsesivo. Para lo que es la escultura, es como si llevara cuatro años allá, por la cantidad de trabajo. Cuando uno trabaja así la constancia te va dando una continuidad superrápida.

—Uno podría imaginarse que vivir en el Elqui fue “una opción artística”, asumiendo un poco el estereotipo, pero en su caso fue una razón práctica la que la llevó allá. Sin embargo, ha sido determinante en su trabajo...

—Sí. Qué raro, ¿ah? Como no llevo tanto tiempo, y como he estado tan metida, no he tenido todavía mucha reflexión al respecto. Y eso que tuvimos dificultades. Mi hija (que hoy tiene seis meses) nació con problemas, aunque ahora ya está bien. Hice la mitad del trabajo con ella en la guata y después pensé que no sería posible exponer, pero es increíble como pude trabajar mejor, con más tiempo y más constancia que cuando no tenía guata. Antes de salir de la escuela (el Instituto de Arte Moderno del Mulato Gil), ya tenía un taller. Trabajaba hartito en horas, pero no obtenía tantos resultados.

“trabajo un poco ciega”

Madera de árboles nativos es la que Pilar Ovalle moldea para dar cuerpo a las ideas e imágenes que habitan su cabeza. Para ello, compra el material en Chiloé, y lo traslada vía terrestre hasta su taller en el valle del Elqui. Una vez allí toman la forma de obras tales como “Descanso” o “Abrazando ideas”.

—Tiene que preocuparse de coordinar el transporte de su materia prima además de trabajar en sus obras...

—No, eso lo hago una vez al año, de manera que no pierdo tiempo. Para trabajar soy superdisciplinada. Me levanto temprano en la mañana y me instalo con cuatro o cinco esculturas a la vez. Eso lo hago porque me gusta estar siempre bien segura:

con la otra idea en otra escultura, porque estas imágenes que uno tiene en la cabeza, que a una la motivan para crear, las tengo, pero no quiero que se disipen, que se vayan velando, esfumando. Para que eso sea bien fresco, voy trabajando de a cuatro o cinco ideas. De manera que cuando no tengo claro el siguiente paso, sigo con la otra idea en otra obra, inmediatamente. Y después retomo la primera, y así sucesivamente.

—¿No se le cruzan las ideas?

—No, al contrario, porque las cosas me van saliendo, tienen una razón. Si tú miras la exposición es bien divertido, porque todas las obras están relacionadas, se necesitan, están en un proceso, en un desarrollo. Voy desarrollando inquietudes dentro de estas imágenes, me propongo ciertas cosas. No son parte de un razonamiento estético, sino que son simplemente imágenes que van naciendo. Por ejemplo, yo quería reflejar casi fotográficamente gestos de humanos. Son los que le dan vida a las esculturas.

—La disposición de las obras en la galería, ¿responde también a esa complementación entre ellas?

—Sí. Bueno, ahora, después de ver el desarrollo de todas las obras, ahora que veo la globalidad, se ven totalmente ordenadas. Están divididas en gestos, en torsos y en figuras. Y eso se ve muy ordenado, como planificado, pero lo divertido es que hay unas que son de hace un año al lado de otras que terminé recién.

—Es algo que sólo usted puede apreciar...

—Claro, cualquier persona diría:

mente.

—Sí, claro. Lo que no he querido, y creo que no pasa en esta exposición, es que haya un picoteo de cosas. Por el contrario, hay un desarrollo. Es algo que me inquieta, son imágenes que muy frecuentemente se me están apareciendo.

Y tengo que tomarlas, seguramente, porque si no, ¿por qué todo tiene una relación? ■



hechos acá. Tenía un taller en Pedro de Valdivia —me demoraba 10 minutos en auto—, pero era menos concentrado, menos obsesivo. Allá no, porque mi marido está trabajando en su proyecto y yo en lo mío. Además, allá vida social no hay; vivo en el campo, en el interior. Entonces uno se reduce, no hay nada más que hacer. De repente voy a comprar al supermercado y tengo necesidad de ver a alguien, porque uno siente esa necesidad de comunicarse. Eso lo he sentido mucho, la falta de la gente, de comentar ideas, o de mostrar mis proyectos.

—A lo mejor el hecho de que se haya centrado en gestos y figuras humanas en su obra tenga que ver con esa necesidad de estar con gente, como invitando personas a su taller, ¿no?

—Puede ser, puede ser... no se me había ocurrido. He querido crear figuras humanas, pero que estén presentes, que no sean estatuas, sino cuerpos. Y yo siento que sí lo logro. Vivir allá es inten-

como estoy construyendo ahí mismo, no puedo tener una maqueta preconcebida. Y cuando llega el minuto en que no sé bien cómo seguir, empiezo

“Tú hiciste primero todas estas juntas”, y no es así. Cuando pasa eso me doy cuenta de que mi trabajo es verdadero, ahí sé que está bien. No sé si es

bonito, si estéticamente está bien, pero sí sé que así tienen que ser, porque de alguna manera han salido solas así. Yo ordeno en mi cabeza, pero no nacen a través de un pensamiento racional. Y como no nacen así, yo las reconozco una vez que ya están hechas, no las reconozco antes. En ese sentido trabajo un poco ciega. Trabajo mucho con la intuición.

—Podría hacerse la metáfora. Los ciegos trabajan más con el tacto, la sensibilidad, y usted ha dicho que lo que le gusta es la sensación cuando trabaja la madera, como una cuestión de piel. Sin embargo, cuando termina, puede al fin verla, en su globalidad, y comprenderla racional-



“Los gestos determinan la obra. El gesto con las manos, con la cabeza. Las manos son como una extremidad del cuerpo que encierra en sí sola una escultura”, explica la artista al referirse a la idea predominante en su exposición. “He querido crear figuras humanas que estén presentes, que no sean estatuas, sino cuerpos”.